

SAN DIMITRI.

Descendimos de la colina de Pancaldi, atravesamos el seco lecho de un torrente, subimos luego á otra eminencia, y nos encontramos en otro barrio: *San Dimitri*. Aquí casi toda la población es griega.

Por todas partes se ven ojos negros y narices aguileñas y afiladas; viejos de aspecto patriarcal; jóvenes esbeltos y ardientes; mujeres con las trenzas caídas á la espalda; niños, de caritas astutas, que juegan entre las gallinas y los pollos en medio de la calle, llenando el aire de gritos argentinos y de palabras armoniosas.

Nos acercamos á un grupo de aquellos niños que jugaban con piedras, gritando todos á un tiempo. Uno de ellos, de unos ocho años y el más endiablado de todos, que á cada momento tiraba al aire su pequeño fez (1), gritando:—*¡Zito, zito!* (¡Viva, viva!)—se volvió de repente hácia otro pilluelo, sentado delante de una puerta, y gritó:—*¡Chuchino, buttami la palla!* (¡Joaquín, échame la pelota!)—Yo lo cogí por el brazo con el movimiento de un jitano ladrón de muchachos, y le dije:—*¡Tú eres italiano!*—No señor—repuso;—soy de Constantinopla.—*¡Y quién te ha enseñado á*

(1) Gorro encarnado que usa la mayor parte de los pueblos orientales.

hablar el italiano?—le pregunté;—*¡Valiente cosa!*—repuso—la mamá.—*¡Y dónde está mamá?*

En aquel instante, llegóse á mí una mujer sonriendo, con un muchacho al cuello, y me dijo que era pisana, esposa de un picapedrero de Liorina que se encontraba en Constantinopla desde hacía ocho años, y que aquel muchacho era su hijo.

Si aquella buena mujer hubiera tenido una bella cara de matrona, una corona mural sobre la cabeza y un manto sobre la espalda, no hubiera representado más vivamente á Italia ante mis ojos y mi corazón.

—*¡Cómo os encontrais aquí?*—le pregunté;—*¡qué me decís de Constantinopla?*—*¡Qué he de decir?*—repuso sonriendo ingenuamente.—Es una ciudad que, á decir verdad... me parece que se encuentra siempre en el último día de carnaval.—Y aquí, dando suelta á su charla toscana, me hizo saber que para los *musulmanes*, *su Jesús es Mahoma*; que un turco puede casarse con cuatro mujeres; que de la lengua turca ni los sábios entienden una palabra, y otras noticias del mismo jaez.

Pero todo esto, dicho en aquella lengua, en medio de aquel barrio griego, hacía esas noticias más apreciables; tanto, que antes de alejarnos, dejamos un pequeño recuerdo de plata en la manecita del niño, y nos fuimos exclamando los dos á la vez:—*¡Ah, un bocado de Italia de vez en cuando, qué bien sienta!*

TATAOLA.

Atravesamos otra vez el pequeño valle y nos encontramos de nuevo en otro cuartel griego, *Tataola*, en donde llamando á rebato nuestro estómago, aprovechamos la ocasion para visitar el interior de una de aquellas innumerables tabernas de Constantinopla, que tienen aspecto singularísimo y están todas construidas de la misma manera.

Se reducen á una estancia grande, de la capacidad de un teatro, alumbrada tan solo por la puerta de entrada y recorrida á su alrededor por una galería de madera con balaustrada.

Vése á un lado enorme horno, donde un dependiente en mangas de camisa, frie pescado, hace girar el asador, prepara los guisos, y se dispone por otros sistemas á restaurar la vida humana; á otro lado un banco, en donde otro tipo amenazador distribuye vino blanco y tinto en vasos de mango; y por el centro, confusion de sillas enanas sin respaldo y mesitas poco más altas que los asientos, que recuerdan las mesas diminutas de los zapateros remendones.

Entramos un tanto avergonzados, porque vimos un grupo de griegos y armenios de baja estofa y temíamos que nos miraran con curiosidad

burlona, pero ninguno se dignó concedernos una ojeada.

Son los habitantes de Constantinopla, segun yo creo, la gente ménos curiosa de este mundo; es preciso, por lo ménos, ser Sultan, ó pasear desnudos por las calles como el loco de Pera, para que alguien advierta que estais en el mundo.

Tomamos asiento en un ángulo, y esperamos; pero nadie venía. Entonces supimos que es uso, en las tabernas constantinopolitanas, servirse cada uno á sí mismo. Fuimos primero al horno para disponer un asado, sabe Dios de qué cuadrúpedo; despues al mostrador á tomar un jarro de vino resinoso de Tenedo, y llevando todas estas cosas á la mesita, que nos llegaba á la rodilla, y mirándonos con asombro, se consumó el sacrificio.

Pagamos con resignacion y salimos en silencio, por miedo de que escapara de nuestra boca una censura, ó un ladrido, ó un relincho, y volvimos á nuestro viaje hácia el Cuerno de Oro.

KASSIM-BAJÁ.

Después de diez minutos de camino, nos encontramos de repente en plena Turquía, en el gran barrio musulmán de *Kassim-Bajá*, en una verdadera ciudad poblada de mezquitas y de conventos de dervises, llena de huertos y de jardines, que ocupa una colina y un valle y se extiende hasta el Cuerno de Oro, abarcando toda la antigua bahía de Mandraquio, desde el cementerio de Galata hasta el promontorio que mira á lo lejos el barrio de Balata, sobre la ribera opuesta.

Desde lo alto de Kassim-Bajá se goza de un espectáculo encantador. Se contempla debajo, en la orilla, el inmenso arsenal de Ters-Kané; un laberinto de fuentes, de talleres, de plazas, de almacenes y de cuarteles, que se extiende en la anchura de una milla sobre toda la parte del Cuerno de Oro y que sirve de puerto de guerra; el palacio del Ministro de Marina, elegante y esbelto, que flota elegante sobre el agua y dibuja su forma blanca en el verde profundo del cementerio de Galata; el puerto, cubierto de vapores y caiques llenos de gente, que se deslizan por entre los inmóviles acorazados y las viejas fragatas de la

guerra de Crimea. Y sobre la opuesta orilla, Stambul; el acueducto de Valente que dibuja sus altísimos arcos en el azul del cielo; las grandes mezquitas de Mahomet y de Soliman, y una miriada de casas y de minaretes.

Para gozar mejor de aquel espectáculo, nos sentamos en un café turco y sorbimos la cuarta ó quinta de las doce tazas que, quiérase ó no se quiera, estando en Constantinopla es forzoso tomar todos los días.

Era un café mezquino, pero como todos los cafés turcos, originalísimo; no debían ser muy diferentes los primitivos cafés del tiempo de Soliman el Grande ó aquellos en que entraba con la cimitarra en la mano el cuarto Amurat cuando hacía la ronda nocturna para castigar á los bebedores del licor prohibido.

¡De cuántos edictos imperiales, de cuántas disputas de teólogos y luchas sangrientas ha sido ocasionado este «enemigo del sueño y de la fecundidad,» como le llamaban los ulemas austeros; este «génio del sueño y manantial de la imaginación,» como le apellidaban los ulemas de manga ancha, que ahora, con el amor y el tabaco, es el confortante más dulce de los más pobres musulmanes!

Bébase ahora el café sobre la cima de la torre de Galata y de la torre del Serasquier (1); el café,

(1) Serasquier, gobernador de provincia en el Imperio otomano.

en todos los vaporcitos; el café, en el cementerio, en las barberías, en el baño, en el bazar.

En cualquier parte de Constantinopla en que uno se encuentre, no tiene más que gritar sin volverse:—¡*Caffé-gé!* (¡Cafetero!) y á los tres minutos humea delante una taza del néctar.

EL CAFÉ.

Nuestro *Café* consistía en vasta sala completamente blanca, revestida de maderas finas hasta la altura de un hombre, con un divan muy bajo alrededor de las cuatro paredes.

En un rincón, había un hornillo, sobre el cual cierto turco de picuda nariz estaba haciendo el café en pequeñas cafeteras de bronce que vertía después en diminutas tazas, en las que ponía antes el azúcar; porque en todas partes en Constantinopla se hace el café separadamente para cada consumidor y se sirve bien azucarado, con un jarro de agua, que los turcos beben siempre antes de acercar la taza á los labios.

De la pared estaba colgado un pequeño espejo, y junto al espejo, una especie de astillero lleno de navajas de afeitar de mango fijo, porque la mayor parte de los cafés turcos son al propio tiempo barberías, y no es raro que el cafetero, que es al propio tiempo dentista y sangrador, atormente á sus víctimas en la estancia misma en donde los otros están tomando café.

La pared opuesta la adornaba otro estante lleno de *narguilés* de cristal con largos tubos flexibles retorcidos como culebras y de cibuk de tierra cocida con sus tubos de madera de cerezo.

Cinco pensativos turcos estaban sentados en

el sofá, fumando el narguilé; otros tres se hallaban delante de la puerta acurrucados sobre bajísimas banquetas de paja sin respaldo, unos junto á otros, con las espaldas apoyadas en la pared y la pipa en los labios.

Un dependiente de la tienda rasuraba la cabeza delante de otro espejo á un gordo dervis (1) envuelto en una túnica de pelo de camello.

Nadie miraba cuando nos sentamos; nadie hablaba, y excepto el cafetero y su dependiente, nadie hacía el menor movimiento.

No se percibía más rumor que el murmullo del agua del narguilé, que semeja al ruido del gato cuando hace la carretilla.

Todos miraban hácia adelante, con los ojos fijos y con cara que no expresaba absolutamente nada.

Parecía reducido museo de figuras de cera. ¡Cuántas de estas escenas han quedado impresas en mi memoria!

Una casa de madera, un turco sentado, una bellísima vista en lontananza, una gran luz y un gran silencio: ¡hé aquí Turquía!

Cada vez que este nombre pasa por la mente, cruzan al mismo tiempo aquellas imágenes, como un molino de viento y un canal, al oír nombrar á Holanda.

(1) Religiosos musulmanes é indios que viven en comunidad.

PIALÍ-BAJÁ.

Desde allí, flanqueando un gran cementerio musulman que desde lo alto de la colina de Kasin-Bajá desciende hasta Ters-Kané, remontamos hácia el Setentrion; descendimos al vallecito de *Pialí-Bajá*, pequeño barrio medio escondido entre la verdura de los jardines y de las huertas, y allí nos detuvimos ante la mezquita que le dá el nombre.

Es una mezquita blanca, coronada por seis cúpulas graciosas, con su patio circundado de arcos y de esbeltas columnitas, un alminar ligerísimo y una corona de cipreses gigantescos.

En aquel momento, todas las casitas próximas estaban cerradas; la calle, desierta; el patio mismo de la mezquita, solitario; la luz y la sombra del medio día lo envuelven todo, y no se sentía más que el zumbido del tábano.

Miramos el reloj: marcaba las doce menos tres; una de las cinco horas canónicas de los musulmanes, en la que el *muezzin* se asoma á la azotea de los alminares para gritar á los cuatro puntos del horizonte la fórmula sacramental del Islam.

Bien sabíamos que no hay alminar en toda Constantinopla, en el cual, á aquella hora fija, no comparezca puntual como el autómeta de un reloj,

el anunciador del Profeta. Y sin embargo, nos pareció extraño que en aquel extremo de la ciudad inmensa, sobre aquella mezquita solitaria, á aquella hora, en medio de aquel silencio profundo, debiese comparecer aquella figura y sonar aquella voz.

Tenia el reloj en la mano y miraba atentamente la aguja del minuterio y la portezuela de la terraza del minarete, tan alta como el tercer piso de una casa ordinaria, esperando con curiosidad vivísima. La aguja tocó el sexajésimo trazo negro y nadie comparecía.—¡No viene!—dije.—¡Hélo ahí!—repuso Yunk.

Apareció al fin. El parapeto de la terraza lo escondía por completo, excepto la cara, de la cual, por la altura, no se distinguían las facciones.

Estuvo inmóvil durante algunos segundos; despues se tapó los oídos con los dedos pulgares y levantando el rostro al cielo gritó con una voz lenta, trémula y agudísima, con un acento solemne y lastimero las sagradas palabras que resonaban al mismo tiempo sobre todos los minaretes de Africa, Asia y Europa:—«¡Dios es grande! ¡No hay más que un Dios! ¡Mahoma es el Profeta de Dios! ¡Venid á la plegaria! ¡Venid á la salud! ¡Dios es grande! ¡Dios es uno solo! ¡Venid á la oracion!»

Despues dió media vuelta en la terraza y re-

pitió las mismas palabras vuelto al Norte; despues á Levante, despues á Occidente, y luego desapareció.

En aquel punto, hería los oídos la última nota de otra voz lejana, que parecía el grito de uno que pidiese socorro. Despues calló todo y permanecimos algunos instantes silenciosos con un sentimiento vago de tristeza, como si aquellas dos voces hubieran aconsejado la plegaria refiriéndose á nosotros; y al desaparecer aquel fantasma, volvimos á quedar solos en el valle como dos abandonados de Dios.

Ningun toque de campana ha resonado jamás en mi corazón tan íntimamente; desde aquel día, comprendí por qué Mahoma para llamar á los fieles á la plegaria, había preferido á la antigua trompa israelita y á la antigua matraca cristiana, el grito del hombre. Sobre esta eleccion, permaneció largo tiempo indeciso, y poco faltó para que todò el Oriente tomase una faz distinta de aquella que ahora tiene; porque si hubiera sido elegida la matraca, que despues se cambió en campana, ciertamente se hubiera trasformado el alminar, y uno de los rasgos más graciosos y característicos de la ciudad y del paisaje oriental, se habría perdido indudablemente.

OK-MEIDAN.

Volviendo á subir de Piali-Bajá á la colina, nos encontramos en un vastísimo espacio de terreno inculto, desde el cual se veía todo el Cuerno de Oro y todo Stambul, desde el barrio de Eyub hasta la colina del Serrallo; cuatro millas de huertos y de mezquitas, una grandeza y una belleza dignas de contemplarse de rodillas como aparición celestial.

Erá el *Ok-Meidan*, la plaza de las flechas, donde iba el Sultan á tirar el arco segun el uso del Rey de Pérsia. Allí se encuentran todavía, esparcidas á distancias desiguales, algunas columnitas de mármol, llenas de inscripciones, que indicaban los puntos donde caían las flechas imperiales. Allí está aún el elegante kiosco con su tribuna, desde la cual el Sultan tendía el arco. A la derecha, en el campo, se extendía larga fila de Bajás y de Bey, signos vivientes de admiracion, con los cuales el Gran Señor rendía homenaje á su propia destreza. A la izquierda, doce pajes de la familia imperial que corrían á recoger las flechas y á señalar el sitio de la caída; alrededor, entre los árboles y los céspedes, algun turco temerario, venido para contemplar á escondidas el semblante sublime del Gran Bajá. Y sobre la tribu-

na, campeaba con el atalaje de un soberbio atleta, Mahmud, el arquero más vigoroso del Imperio, cuyos ojos centelleantes hacían bajar la frente á los espectadores, y cuya barba famosa, negra como el cuervo del Monte Tauro, destacábase de lejos sobre el gran manto blanco salpicado por la sangre de los genizaros.

Ahora todo ha cambiado y convertídose en prosáico; el Sultan tira á la pistola en los patios de su palacio, y en el *Ok-Meidan*, se ejercita en el tiro de fusil la infantería.

En una parte hay un convento de dervises; en la otra, un café solitario; y toda la campiña está desolada y melancólica como una estepa!

PIRI-BAJÁ.

Descendiendo del Ok-Meidan hácia el Cuerno de Oro, nos hallamos en otro pequeño barrio musulman, llamado *Piri-Bajá*, tal vez por aquel famoso Gran Visir, del primer Selim, que educó á Soliman el Grande.

Piri-Bajá mira de lejos al barrio hebráico de Balata, colocado sobre la otra ribera del Cuerno de Oro.

No encontramos más que algun perro y alguna vieja turca mendigando. Pero aquella soledad permitía estudiar á nuestro sabor la estructura del barrio.

¡Y cosa singular! En aquel barrio, como en cualquiera otra parte de Constantinopla en que uno se detenga despues de haberla visto desde el mar ó desde la altura vecina, se experimenta la misma impresion que mirando un bello espectáculo coreográfico desde el palco escénico, despues de haberlo visto desde el patio: causa maravilla que aquel monton de cosas feas y mezquinas, pueda producir tan bellísima ilusion.

Yo creo que no hay ciudad en el mundo, en la cual la belleza sea tan pura apariencia como en Constantinopla.

Vista desde Balata, desde Pirí-Bajá, es una

ciudad esbelta, toda colores risueños, engalanada de verdor, que se refleja en las aguas del Cuerno de Oro como una ninfa y despierta mil imágenes de amor y de delicia. Entrais, y todo se desvanece. No hay sino mezquinas casuchas derruidas, teñidas de colorines, barracas de féria; patios angostos y súcios que parecen receptáculos de brujerías; grupos de higueras y de cipreses polvorientos; jardines llenos de cascote, callejuelas desiertas, miseria, inmundicia, tristeza.

Pero descended la pendiente; saltad en un cáique, y despues de cinco golpes de remo, vereis la ciudad fantástica en todo el esplendor de su belleza y de su gracia.

HASSKIOI.

Siguiendo adelante, siempre á lo largo de la ribera del Cuerno de Oro, descendimos á otro barrio, vasto, populoso, de aspecto extraño, donde desde los primeros pasos advertimos que no estábamos ya entre musulmanes.

Por todas partes se veían niños jugando con flechas y hondas, que se revolcaban por el suelo; viejas deformes que trabajaban con las huesudas manos á las puertas de las casas, obstruidas por andrajos y hierro viejo; hombres envueltos en amplios y súcios vestidos, cubierta la cabeza con un pañuelo y que pasaban á lo largo de las paredes con aspecto furtivo; caras macilentas, á las ventanas; harapos colgados entre casa y casa; estiércol y barro en todas partes.

Es *Hasskioi*, el barrio israelita, la judería de la ribera setentrional del Cuerno de Oro, que hace frente al de la otra orilla, al cual lo unía durante la guerra de Crimea, un puente de madera, de que no quedan huellas.

Desde allí comienza otra larga cadena de arsenales, de escuelas militares, de cuarteles y de plazas de armas, que se extiende casi hasta el fondo del Cuerno de Oro.

Pero de aquello no vimos nada, porque no nos

lo permitían ni las piernas ni la cabeza. Ya todas las cosas que habíamos visto se confundían en nuestra mente; parecía que habíamos hecho un viaje de una semana; pensábamos en Pera lejanísima, con un ligero sentimiento de nostalgia, y hubiéramos vuelto atrás si no hubiese mediado el propósito hecho solemnemente sobre el puente viejo, y si Yunk no me hubiese reanimado, según solía, entonando la gran marcha de *Aida*.

HALICHI-OGGI.

Adelante, pues. Atravesamos otro cementerio musulman, subimos á otra colina, entramos en otro barrio, en el barrio de *Halichi-Ogli*, habitado por poblacion mixta; una pequeña ciudad, donde á la esquina de cada callejuela se encuentran nuevas razas y nuevas religiones.

Se sube, se baja, se trepa, se pasa en medio de las tumbas, de las mezquitas, de las iglesias, de las sinagogas; se pasea alrededor de los cementerios y de los jardines; se tropieza con bellas armenias de formas de matrona y turcas ligeras que miran furtivamente al través del velo; se oye hablar griego, armenio y español... el español de los hebreos, y se camina, se camina...

¡Cuánto habrá para bajar al fondo de esta Constantinopla! — decíamos para nosotros. — ¡Todo tiene un límite sobre la tierra!

Ya las casas de Halichi-Ogli escasean, cuando comienzan á verdear las huertas; no hay más que un grupo de viviendas, pasamos en medio de ellas, y por último, hénos aquí llegados.

SUDLUCHE.

¡Ay! no habíamos llegado sino á otro barrio. Era el barrio cristiano de *Sudluché*, que se levanta sobre una colina, circundado de huertas y de cementerios; sobre la colina de cuyos piés arrancaba el único puente que unía antiguamente las dos riberas del Cuerno de Oro.

Pero este barrio, si Dios quiere, será el último, y nuestra excursión habrá terminado.

Salimos de entre las casas para buscar un lugar de reposo. Subimos á una altura, rápida y desnuda, que se levanta á espaldas de Sudiuché, y nos encontramos ante el más grande cementerio israelita de Constantinopla: una vasta llanura, cubierta de millares de piedras truncadas, las cuales presentaban el siniestro aspecto de ciudad destruida por algun terremoto, sin un árbol, sin una flor, sin una mata, sin una huella de sendero: un desierto desolado, que oprime el corazon como el espectáculo de la desventura.

Nos sentamos sobre una tumba, vueltos hácia el Cuerno de Oro, y admiramos, reposando, el panorama inmenso y gentil que se extiende alrededor. Se ve hácia abajo Sudluché, Halichi-Ogli, Hasskioi, Piri-Bajá, una porcion de barrios encerrados entre el azul del mar y el verde de los cementerios y de los jardines.

A la izquierda el Ok-Meidan, solitario, y los
CONSTANTINOPLA.—T. I.

cien minaretes de Kassim-Bajá; más lejos, Stambul, indeterminada y confusa; más allá de Stambul, la interminable línea de las montañas del Asia, casi escondidas en el cielo; delante, enfrente de Sudluché, á la otra parte del Cuerno de Oro, el misterioso barrio de Eyub, del que se distinguen, uno por uno, los ricos mausoleos, las mezquitas de mármol, la umbrosa pendiente salpicada de tumbas, los senderos solitarios y los cercados, lleno de tristeza y de gracia. A la derecha de Eyub, otros pueblos que se reflejan en el agua, y despues, la última curva del Cuerno de Oro, perdiéndose entre las dos altas riberas revestidas de árboles y flores.

Discurriendo con la mirada sobre aquel panorama, cansados, casi en estado de somnolencia, sin darnos cuenta de ello, pusimos en música tanta belleza, tarareando no sé qué cosa; nos preguntamos quién sería el muerto sobre el cual estábamos sentados; escarvamos con un palito en un hormiguero; hablamos de mil tonterías; nos decíamos de vez en cuando:—¿Pero es cierto que estamos en Constantinopla?— Despues pensamos que la vida es breve y que todo es vanidad, y por último, nos acometieron estremecimientos de alegría. Pero en el fondo sentíamos que ninguna belleza de la tierra dá una alegría verdaderamente completa, si al contemplarla no se siente en la mano la manecita de la mujer que se adora.

EN CÁIQUE.

Hacia la caída de la tarde, descendimos al Cuerno de Oro, entramos en un *cáique* de cuatro remos, y no habíamos aún pronunciado la palabra—¡Galata!—cuando la gentil barquichuela estaba ya bien lejana de la orilla.

Y el *cáique* es, ciertamente, la más graciosa barca que ha surcado jamás el agua; es más largo que la góndola, pero más estrecho y más sutil: está esculpido, pintado y dorado; no tiene timon ni asientos, sino que siéntase uno sobre un almohadon ó un tapiz, de modo que no sobresalen más que las cabezas y los hombros; está terminado en los dos extremos de tal forma que puede bogar en ambas direcciones; pierde el equilibrio al menor movimiento; se separa de la ribera como flecha disparada del arco; parece que vuela á flor de agua como una golondrina, pasa por todas partes y huye, reflejando en las ondas sus mil colores, como delfin perseguido.

Eran nuestros remeros dos guapos jovencuelos turcos, muy simpáticos, de fez encarnado, blusa celeste, grandes calzones blanquísimos y brazos y piernas desnudos. Dos atletas de veinte años, de color de bronce, limpios, alegres y bromistas, que á cada golpe de remo hacían avanzar el